

Tribunas

Vamos a contar mentiras (II): Manhattan bajo el agua

Kepa Tamames



Los más jóvenes ni sabrán de qué les hablas al mencionar el término "agujero en la capa de ozono". ¿Se acuerdan ustedes del canguelo que nos entró a todos hace apenas unas décadas con el dichoso agujero? A menos que cambiáramos de raíz nuestras costumbres consumistas, moriríamos todos abrasados por los rayos solares. Al parecer, fue tan sencillo como reformular cuatro cachivaches en los aerosoles, y listo: ¡capa de ozono restaurada! Recuerdo que hasta mirábamos a veces al cielo, y sí, veíamos con absoluta nitidez el orificio y hasta los maléficos rayos con cara de demonio rojo en alocada carrera hacia la superficie terrestre. En realidad, el agujero no era tal, sino una mayor delgadez en la consiguiente capa. La lista de anuncios catastróficos incumplidos es larga, bastante más que la famosa sombra del ciprés delibesiana. Si se hubiera hecho realidad una infima parte de las catástrofes predichas, el mundo sería hoy muy diferente, a peor. Veamos. Aunque podríamos retrotraernos a Malthus y compañía, es durante la pasada década de los sesenta cuando las predicciones catastrofistas encuentran acomodo en los *mass media*, auténticas cajas de reso-

nancia que empapan a la sociedad toda, aunque no parece que el anuncio de desgracias apocalípticas haya calado ni en representantes políticos ni en representantes civiles. Por ejemplo, no se sabe de nadie que se mudase en su momento de la zona baja de Manhattan a los Apalaches, por poner un caso. Porque sí, hubo en su momento reconocidos científicos que anunciaron la subida del nivel del agua en la Gran Manzana hasta dejar inundados sus famosos parques y avenidas. Se supone que varios millones de personas debería haber salido pitando de allí en busca de habitáculos seguros nada más recibir tan alarmante anuncio. Nadie se movió de su casa, en una suerte de aceptación pública del desastre. Manhattan sigue igual que siempre, henchida de neoyorkinos más preocupados por encontrar un sitio donde aparcar que por pillar un bote salvavidas. Había hace medio siglo un "consenso científico" sobre el rápido enfriamiento del planeta ("Space satellites show new Ice Age coming fast"), que pasó después al supuesto calentamiento abrasador ("We're toast if we don't get on a very different path") estamos aún en ello, que nos achicharra cada verano, con los bañistas encantados tomando baños de sol en la playa más cercana.

¿Y qué me dicen de la dichosa lluvia ácida, monotema medioambiental hace apenas unas décadas? Pueden consultarse los millos de artículos periodísticos anuncian-

do el envenenamiento irreversible de ríos y lagos ("¿Por qué ya nadie habla de la lluvia ácida?"), así como la muerte de toda masa forestal. Aquello se medio enderezó con la instalación de los preceptivos filtros en las chimeneas fabriles, y a otra cosa mariposa. Anunciaron no hace tanto que en breve la nieve será recordada como un fenómeno meteorológico del pasado, solo visible en las pelis. Que yo sepa, ninguna estación de esquí ha cerrado por tal motivo, y la gente de ciertos lugares sigue pasando la Navidad lanzándose bolas y haciendo muñequitos en los parques.

Hordas humanas deberían haber migrado de sus pequeños países a otras partes del mundo al leer que sus islas naciones iban a desaparecer bajo el creciente mar. Pero ahí siguen, tomando piña colada y bailando el

La lista de anuncios catastróficos incumplidos es larga, bastante más que la famosa sombra del ciprés delibesiana. Si se hubiera hecho realidad una infima parte de las catástrofes predichas, el mundo sería hoy muy diferente

Se supone que íbamos a morir todos de cáncer de piel, y al menos acertaron en la mitad: seguimos muriendo todos, aunque no necesariamente de eso

hula hula. ¡Y bien hacen, qué demonios, no teniendo otro quehacer!

Nos deprimieron con aquella patética imagen del oso polar decrepito, agonizante, se supone que por falta de alimento, al desprenderse el trozo de hielo que pisaba de la masa continental e impedirle así cazar. Todo debido al repetido deshielo generalizado en los polos, claro está. ¡Los tan entrañables osos polares que presiden el dormitorio de todo niño protocolo ecologista a punto de desaparecer! Hoy la cabaña de la especie goza de perfecta salud, al punto de que su número bate registros. Tranquilos, pequeños.

Por cierto: ¿cómo quedó lo del "agujero"? Pues lo cierto es que también dicho asunto se diluyó como azucarillo en agua, y bastó con cambiar el sistema de los familiares espráis y poco más, mira tú por dónde. Tengo entendido que la capa de ozono estaba igual antes que está ahora, y que en realidad nadie se había percatado hasta entonces de la delgadez de la misma en ciertas zonas árticas, por tan sencilla razón como que allí no había habitado nadie hasta épocas recientes. Se supone que íbamos a morir todos de cáncer de piel, y al menos acertaron en la mitad: seguimos muriendo todos, aunque no necesariamente de eso. Y, por otra parte, los pingüinos tienen plumas. También en este campo han tenido suerte las empresas de peluches. ●

El autor es escritor

Acoger también es poner límites

Eradio Ezpeleta Iturralde



La situación que está viviendo Ceuta tras la entrada masiva de migrantes no es una cuestión de ideologías, ni de quién es más solidario o menos, ni del significado que cada uno quiera dar a eso de ser "social". Es, ante todo, una cuestión de dignidad de la persona. Y precisamente por eso, la situación que se está viviendo en Ceuta y el debate sobre la acogida de migrantes exige serenidad, responsabilidad y realismo, ya que estamos ante cuestiones mucho más elementales como la dignidad de la persona y la responsabilidad de las instituciones.

"El migrante debe ser acogido conforme a su dignidad", lo pensamos todos, ¿no? Así lo señaló el papa León XIV, durante su visita a España y yo no puedo estar más de acuerdo. Pero esa afirmación plantea una cuestión fundamental: ¿qué significa realmente acoger con dignidad?

Para mí, la respuesta es clara. No podemos acoger a todo aquel que llegue o quiera llegar. No porque no queramos ser solidarios, sino porque es materialmente imposible. Lo primero que debemos hacer es definir y fijar nuestra capacidad de acogida. Cuantificar, sí, cuantificar. Saber cuántas personas

podemos atender adecuadamente con los recursos de los que disponemos porque acoger no puede significar simplemente recibir. Acoger significa poder atender, y para atender dignamente hay que conocer primero cuál es nuestra capacidad real de acogida.

Si una persona puede recibir dignamente en su casa a seis personas, no puede acoger a siete y mucho menos a ocho, nueve o diez pensando que la buena voluntad solucionará las dificultades. Llegará un momento en que ninguna de ellas recibirá la atención que merece. Con España ocurre exactamente lo mismo. Tenemos que conocer cuáles son nuestras posibilidades reales y, a partir de ahí, dimensionar los medios y adoptar las decisiones oportunas. Si nuestra capacidad de acogida fuera, por ejemplo, de 70.000 personas, no tendría sentido incorporar a la cifra mil más, por eso de ser los más solidarios del mundo, sin ampliar previamente los recursos necesarios para atenderla.

Y lo mismo sucede en las comunidades autónomas y en los municipios. Trasladar personas a Comunidades Autónomas cuyos centros ya se encuentran saturados no constituye, por sí mismo, una política de acogida, sino que puede convertirse, paradójicamente, en una forma de desatención. No es digno para quienes llegan, porque no podremos proporcionarles la atención que necesitan, pero tampoco es justo para los

ciudadanos que sostienen mediante sus impuestos unos servicios públicos que tienen una capacidad limitada.

Los problemas de convivencia que se están produciendo en algunos pueblos y ciudades donde existen centros de acogida tampoco pueden analizarse desde el simplismo. Existe una perspectiva que no debería quedar fuera del debate, y esa es la criminología. La convivencia no depende únicamente de la buena voluntad individual. Los estudios criminológicos han demostrado la importancia que tienen determinados factores ambientales y sociales, como la concentración excesiva de población vulnerable, la falta de recursos, la ausencia de supervisión, la precariedad y la desorganización comunitaria, en la generación de conflictos y en el deterioro de la convivencia. Esto no significa identificar inmigración con delincuencia, una asociación simplista y profundamente injusta, significa reconocer que los sistemas sociales mal dimensionados generan riesgos que deben prevenirse. Por eso resulta de vital importancia que los centros de acogida tengan una capacidad adecuada, profesionales suficientes y medios proporcionales al número de perso-

Acoger significa poder atender, y para atender dignamente hay que conocer primero cuál es nuestra capacidad real de acogida

nas atendidas. Si un profesional está preparado para atender a cuatro personas, asignarle ocho no duplica mágicamente su capacidad, simplemente reduce la calidad de la atención de todos. El problema no es la voluntad del profesional, sino la dimensión de los recursos con los que cuenta, porque los recursos no son infinitos y cuando se sobrepasa su capacidad, las consecuencias terminan afectando a todos: a quienes llegan y a quienes ya estaban. La solidaridad también necesita organización. España no puede resolver por sí sola las causas de los movimientos migratorios, pero sí puede establecer una política seria que combine humanidad, control fronterizo, lucha contra las mafias, protección internacional, integración y cooperación con los países de origen y tránsito. Por eso, acoger sí. Solidaridad, sí. Esfuerzo, todo el que seamos capaces de realizar. Pero sepamos hasta dónde llega nuestra capacidad para que a quienes acojamos podamos hacerlo verdaderamente con la dignidad que merecen. Porque poner límites a nuestra capacidad de acogida no significa negar la dignidad del migrante. Significa, precisamente, reconocerla.

La solidaridad y la acogida sin capacidad, sin límite, termina convirtiéndose en abandono. Y una sociedad responsable no puede confundir una cosa con la otra. ●

El autor es criminólogo